

Marina y Sociedad: El patrimonio cultural de la Armada

José CERVERA PERY (*)

Trazar un cuadro desde un enfoque personal, de los vínculos culturales que se han venido sucediendo en el ámbito de la Armada a lo largo de buena parte de su historia moderna y contemporánea no es tarea fácil, y menos aún el análisis de sus implicaciones y su impacto en la sociedad de su tiempo. Pero Marina y Sociedad han sido términos simbióticos a través de una larga trayectoria de afinidades y reencuentros, y justo es consignarlo.

Hay que formularse necesariamente una pregunta de entrada: ¿Las vivencias de estas realidades, las tiene o percibe el marino por pertenecer a la Institución o son privativas del hombre que se injerta a través de ellas en un marco o entorno de cultura peculiar? Si tomamos como punto de partida el de la marina «ilustrada» es porque admitimos que el espíritu de la Ilustración dejó notar su impronta en amplios campos del quehacer humano. De ellos quizá el más importante fuera el político, pero no puede subvalorarse el intelectual, y de ahí se mueven a sus anchas los marinos del siglo XVIII, aunque en un trasfondo cercano, la política —sobre todo el advenimiento del liberalismo— los condicione igualmente. Pero el profundo cambio de pensamiento que experimenta la sociedad española del siglo XVIII, se ha de advertir forzosamente en los hombres del botón de ancla. De aquí que haya que situar históricamente los personajes y sus obras, avanzando y retrocediendo en una navegación cargada de substancia intelectual tanto por una necesidad metodológica como por una inclinación de espíritu.

Como ha dicho Sánchez Agesta, lo que España recibió y discutió a lo largo del siglo XVIII fue la idea y posiblemente el sentimiento del progreso. Progreso en el dominio del hombre sobre la naturaleza, en el saber y en la ordenación de las relaciones sociales. En contrapartida, Europa recibió de España el concepto de honor, dignidad e hidalguía. Para la Armada, como para otros estamentos de la época, el siglo XVIII representa una revisión crítica que, de una parte, se enfrenta a la deformación del pensamiento español en el siglo XVII y de otra trata de incorporarse a la nueva actitud científica del mundo europeo y a la revisión de valores que prepa-

(*) Jefe del Servicio Histórico del Instituto de Historia y Cultura Naval.

ra la revolución del nacionalismo liberal en el siglo XIX. Como ejemplo está la obra de don Juan José Navarro, capitán general de la Armada y Marqués de la Victoria, incansable escritor que en el tiempo que desempeñó en Cádiz la Dirección de la Armada, la sometió a un amplio proceso de transformación cultural, del que no fueron tampoco ajenos don Jorge Juan Santacilía, don Antonio Ulloa, don Vicente Tofiño, don Gabriel de Ciscar, don Cipriano Virmecati y tantos otros ilustres pensadores y científicos.

Más adelante, la huella o impacto que la Marina y los marinos, al margen de su condición profesional, habrán de dejar en el marco de la sociedad decimonónica española es fácilmente reconocible. Integrada en esa misma sociedad de la que forman parte, su contribución al desarrollo de la misma será notable en no pocos aspectos. La Armada en muchos casos le facilitará los medios para lograr esa integración en el plano cultural, científico o académico, y en justa reciprocidad, pensadores, escritores o artistas, que también los hubo, trasvasaron a la Marina de algún modo, la impronta de sus triunfos, las constantes de inquietud intelectual, de los imperativos sociológicos en los que la mar actúa como vehículo común, estarán siempre abiertas a los más ambiciosos horizontes.

No podemos recorrer toda la trayectoria íntegra de las glorias científicas o literarias que pueden enorgullecer a la Marina, no siempre bien comprendida o interpretada en su quehacer histórico. Los viajes de Jorge Juan y Ulloa todavía en la segunda mitad del siglo XVIII, a Perú, para medir sobre la línea del ecuador los grados del meridiano terrestre en un intento decisivo de resolver el problema de la verdadera configuración del globo, será una aportación científica de primera magnitud, y poco más tarde presentará el primero a la administración de Europa, su «Examen Marítimo» y su «Compendio de Navegación»; mientras que el segundo publica su «Relación histórica del viaje a la América meridional». También Mazarredo, por su propia observación y la fuerza de su ingenio, perfeccionaba durante el viaje a Manila su método de hallar la longitud en la mar, midiendo la distancia de la luna a una estrella tomando al mismo tiempo las alturas de ambos astros; fundaba el notable Observatorio astronómico y publicaba sus Rudimentos —que eran algo más— de Táctica Naval, mientras Mendoza hacía una utilísima innovación para facilitar los cálculos de la navegación con sus famosas Tablas que, como tantas veces ocurría, se hicieron famosas antes en Inglaterra que en España.

Siguiendo el hilo de la aportación científica, don Gabriel de Ciscar publicaba su «Curso de estudios elementales de Marina». Tofiño enriquecía el Depósito Hidrográfico con su famoso «Derrotero» y Enríquez y Reguard publicaban «Hechos gloriosos de la Marina Española» y el «Diccionario de la Pesca», verdadera obra modélica de su género en su época. La increíble postración o abandono que más tarde se haría sentir, vino a coincidir con la desafección de libros y ensayos; se cerró el Colegio de Guardiamarinas, vivero también de oficiales ilustrados, llegándose a entender

a la Marina como carga onerosa o lujo innecesario y donde el influjo de los ministros del ramo, no alcanzaban a obtener el remedio a aquellos males.

Se ha dicho que si la Armada no llegó a desaparecer totalmente en aquella época aciaga, si no llegó a olvidar sus tradiciones científicas e incluso literarias, fue debido a los principios de pundonor notablemente conservados en sus hombres, a su acrisolada lealtad y a una aplicación espontánea sin estímulos protectores. Así, tras la Guerra de la Independencia, produjo un gran impacto la publicación del «Juicio crítico sobre la Marina Militar de España» escrita en estilo epistolar, anónima en su aparición pero identificada después como don Luis María de Salazar, uno de los ministros de Marina de Fernando VII. El análisis de las causas de la decadencia de la Armada era estudiado también por un asesor de Marina, don Ceferino Ferret, quien exponía optimistamente una serie de medios para restaurarla, y también don Antonio de Escaño, ya teniente general, proponía su «Plan de reforma para la Marina Militar de España». Es indudable que sin el tenaz empeño de estos hombres, matizando causas y previniendo remedios, quizá institucional y corporativamente, la Marina se hubiera ido del todo a pique.

La aparición en 1831 del «Diccionario Marítimo Español», obra bastante exacta y completa en su primera edición, venía a llenar un vacío en la exigua terminología doctrinal de la Armada, ya que ofrecía un amplio repertorio de voces técnicas, marítimas, astronómicas, de arquitectura naval y usos de comercio aplicados a la navegación. También otro diccionario durante mucho tiempo inédito de Vázquez de Figueroa vendría a completar un programa esperanzador, por lo que tales atenciones mantenían de alguna forma el fuego vivo de la perspectiva científica o cultural de la Marina en el contexto de su función histórica.

Si en las ciencias propias o referidas a la Marina han sobresalido en todo tiempo insignes escritores de dentro de sus escalafones, no menos destacaron en otras ramas del saber humano como historia, viajes, ciencias administrativas, derecho internacional, ensayo y poesía; y no estarán ausentes tampoco las primicias del periodismo marítimo en sucesivas fases creadoras de un estilo propio que, cimentado y madurado y en constante y renovadora solera de buenas letras, habrá de prolongarse hasta nuestros días.

Pero los más firmes pilares donde se asienta toda la fecunda cultura naval decimonónica se llaman don José de Vargas Ponce y don Martín Fernández de Navarrete, a los que más tarde habrá de unírseles don Cesáreo Fernández Duro, sin olvidar tampoco a don Jorge Lasso de la Vega, don Javier de Salas, don Miguel Lobo, don Pedro Novo y Colson; así como los Pavía, Saralegui, Concas, Auñón, Navarrete, etc. Vargas Ponce fue miembro ilustre de una época de las tres Reales Academias existentes: Española, de la Historia y de las Bellas Artes, de cuya segunda fue elegido por dos veces director. Fernández de Navarrete también perteneció a las

mismas instituciones, siendo bibliotecario perpetuo de la de la Historia. No es necesario cargar la mano de los elogios con respecto a tan eminente triunvirato, cuyo prestigio intelectual de espléndida representación se comenta por sí solo.

Vargas Ponce, después de la obra que empezó a publicar con el título de «Varones ilustres de la Marina española», abundante en inéditas noticias y rica erudición, se ocupaba en reunir y coordinar materiales para la redacción de una historia general de la Marina española. Obra, como ha escrito Lasso de la Vega, no menos reclamada por nuestra literatura que por el honor nacional, empresa ardua y grandiosa, pero no superior a las fuerzas de aquél a quien fue encomendada. A su ayudante en la empresa, Don Martín Fernández de Navarrete, mucho deben también las letras españolas. Su exquisita erudición, sus investigaciones históricas, así como sus biografías de marinos ilustres publicadas en la Gaceta de Madrid o en los Estados Generales de la Armada, justifican su cartel de primerísima figura en el panorama cultural del siglo. La historia de los descubrimientos que hicieron los españoles, y sobre todo su «Biblioteca Marítima Española», obra monumental en su planteamiento y contenido, completan su asombroso «currículum» literario, y puede decirse que jamás sabio alguno logró como Navarrete reunir mayor cantidad de títulos y distinciones. Los más famosos autores extranjeros de su tiempo elogiaron sus publicaciones; y Humboldt en su «Ensayo sobre la geografía del Nuevo Continente»; y Washington Irving y Prescott, recurrieron más de una vez a sus textos para escribir, el uno sobre la vida de Colón y el otro la historia de los Reyes Católicos.

El relevo de Fernández de Navarrete —pluricpleado en la riqueza del espíritu— lo tomaría Fernández Duro, un zamorano, hombre de tierra adentro, pero que sentía hondamente y cerca la llamada del mar y de sus armas. El destino parece muchas veces complacerse en estas paradojas, pues don Cesareo es, sin duda alguna, uno de los hombres que más prestigiaron a la Marina en un amplio campo de actividades intelectuales. De entre las cuatrocientas obras largas que entre libros, monografías, memorias, etc., escribió, destaca en su proyección histórica «La Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón», documentadísimo estudio en nueve volúmenes donde la erudición corre pareja a la amabilidad, con el más exigente rigor histórico. Su modestia al término de la obra, le movió a decir que su propósito «había sido reunir noticias, atar cabos sueltos y ofrecer el bosquejo de los asuntos principales, que desarrollados con habilidad constituyan en su día la historia definitiva de la Armada española». No habrá tal: la obra es definitiva en su concepción y su contenido y por tanto difícilmente mejorable. Lástima que quedase anclada tras la muerte de Fernando VII, porque aunque la vida de Fernández Duro se prolongó felizmente hasta bien avanzada la Restauración, «quiso dejar para otros el cuidado de referir sucesos que aún habiendo

presenciado no creía poder contar con la misma tranquilidad de espíritu que los anteriores».

A lo largo de toda la centuria, a despecho de los vientos de bolina huracanados, de los tremendos pantocazos que pusieron tantas veces en trance de naufragio a la Marina, ésta supo mantener su entusiasmo y brillante representación en el ámbito de una sociedad que más exigía cuanto mayor era su desarrollo. Los Pardo de Figueroa, hermanos del erudito Doctor Thebusen, autor de una importante como poco divulgada biografía de Isaac Peral; Novo y Colson, dramaturgo e historiador que perteneciera también a las Reales Academias de la Lengua y de la Historia —en esta última precisamente en relevo de Fernández Duro—, los ya citados Lasso de la Vega y el Almirante Lobo, cuya importantísima biblioteca lega a la ciudad de San Fernando y es orgullo legítimo de ella; Concas, capitán de navío de brava ejecutoria que llegó a presidir el Ateneo de Madrid, Manrique, Sorela, Sánchez Cerquero, Montojo, Adolfo Navarrete, etc. portadores todos ellos de una imaginación creativa y un alcance intelectual incuestionable.

El periodismo, como medio de expresión de una conciencia marítima, tendrá también su acontecer histórico en la primera mitad del siglo, primero con la *España Marítima*, nacida en 1833, y algunos años más tarde con la «Crónica Naval de España», continuadora dentro de los impoderables de la época de la anterior, y que con su entusiasmo enaltecido afirmaba haber surgido «como revista científica, militar, administrativa, histórica, literaria y de comercio», ¡nada menos!, bajo el patronazgo y dirección del auditor de Marina don José Marcelino Travieso. La revista duraría hasta 1861, irresistiblemente arrastrada por la resaca de pagarés no pagados, y moratorias no prorrogadas, y los diecisiete años que van desde 1861 a 1877 —fecha en que aparece el primer número de la *Revista General de Marina* cuya continuidad periódica ya no habrá de interrumpirse— presentan un vacío difícil de llenar en cuanto al periodismo especializado. También estará presente la Marina en «la *Ilustración Española y Americana*», fundada a mitad de siglo por don Abelardo de Carlos y a la que acuden puntuales nuestros marinos escritores con lo mejor de sus plumas porque, pese a quien pese, la Marina sigue siendo noticia.

Tal vez haya llegado el momento de plantearse los cauces por los cuales discurre esa integración intelectual de la Marina. Cabrá preguntarse si los determinantes de este comportamiento sociológico pueden ser analizados con precisión histórica ¿Es el Marino del pasado siglo un hombre formado? ¿No habrán de influir en la formación de su carácter la dureza de una profesión en la que los destinos de a bordo pueden mantenerlo en aislamiento físico y psicológico por muchos más tiempo que el aconsejable? ¿No habrán de condicionar su mentalización social las dilatadas y no siempre fáciles o agradables estancias en Ultramar? Como ha escrito Alonso Baquer, el marco histórico de la vida militar española —y en lo militar generalizamos por nuestra parte a lo marino— se nos presenta re-

ferido a telones de fondo esencialmente distintos. De aquí que sea inadecuado partir de condiciones monolíticas y permanentes. El proceso formativo de los cuadros de la Armada, por consiguiente, habrá de jugar un decisivo y trascendente papel en la incorporación de los mismos en sentido simplemente humanista al entorno ilustrado y cultural del país.

Peró esta revisión a grandes rasgos del patrimonio cultural de la Armada de un pasado todavía reciente, no quedaría completa si no la afrontamos también desde una perspectiva actual, en la que hombres y nombres de la Armada han seguido, ampliando y en muchos casos mejorado, unas líneas maestras trazadas de antemano. Si ya Canalejas hablaba al final de la primera década de nuestro siglo de un Renacimiento militar aplicado a las letras y a las artes, la cuota de participación de la Marina en el mismo no será exigua. Tras el certamen naval de Almería, que de algún modo tonificó al decaído espíritu del «desastre», los árboles sí dejan ver el bosque y la tradición cultural de la Armada se vio reforzada con renovados ímpetus. Nombres como los de Estrada, Agacino, Chacón, Pérez y Fernández Chao empuñarán el gobernalle de la defensa corporativa en aquellos momentos en que la frase «no me toque Vd. a la Marina» era algo más que un tópico de dudoso gusto. Los vaivenes de una política inconformista y cicatera a veces se reflejarán también en el bagaje cultural de aportación marítima, y cuando la guerra enfrente a dos Marinas es una misma España ensangrentada a surcos, se quebrará una trayectoria reconstruida sobre cauces de esfuerzo y sacrificio.

El proceso español de recuperación tras el paréntesis de la guerra incidirá también en la nueva perspectiva cultural abierta a horizontes más prometedores. Nuevas formas de evolución en los sistemas y en los conceptos, exigirán mayores puntos de atención en el seguimiento de una renovada dimensión intelectual que va a tener su encuadre brillantemente en la Armada. En este sentido hay que engarzar nombres ya iniciados en la etapa anterior con los surgidos o consolidados en la nueva dinámica de la postguerra y cerrar de algún modo el ciclo —viviente y pujante— con las más destacadas aportaciones de nuestros días. Obligadas serán por tanto las citas del almirante D. Julio Guillén, Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia y miembro de la Lengua, impulsor y director del moderno Museo Naval —legatario del creado en el viejo caserón de los Consejos y al que Isabel II otorgó madrinazgo—, autor de numerosos libros, mapas, dibujos, como el de «Los Marinos que pintó Goya» o la «Historia Marítima de España para uso de caballeros guardiamarinas», en los que deja traslucir su fina sensibilidad mediterránea. O la del Almirante don Indalecio Nuñez Iglesias, con el aporte de su fecundísima labor de investigación histórica, especialmente relacionada con la Armada, modelo de bien cortada pluma, atinado juicio y espíritu cultivado. O la acusada personalidad y probada solvencia del almirante don Luis Carrero Blanco, autor prolífico y serio tratadista riguroso de nuestra problemática naval, que tan bien supo plasmar en su obra «España en el mar», texto

aún fundamental en nuestros días. Y también los nombres importantes de Barbudo Duarte, Manera, Martínez Valverde, Landín Carrasco, en el ensayo y la historia; Gener Garcés y Prado Nogueira en la poesía; Berenguer en la más importante narrativa de nuestro tiempo; González Aledo, Arriaga, Garcés y Montull en la pintura... Toda una amplia nómina de la que hay que dar constancia y fe debida desde este censo urgente del recuento patrimonial de la cultura marinera.